

El legado de san Alberto Hurtado como una cuestión de conciencia

Pablo Concha, S.J.

Afirmar que el P. Hurtado fue un santo porque encontró al Señor en el servicio de los más pobres, se ha convertido, casi, en lugar común.

Con todo, es capital no olvidar que su santidad no fue, simplemente, un sentimiento de amor por el prójimo, sino el resultado del modo como planteó su vida¹. Reducirlo a un hombre bueno que hizo cosas buenas o, incluso, muy buenas, es quitarle el protagonismo debido a su razón y corazón en la génesis de su santificación. ¿Qué queremos decir? Que el P. Hurtado experimentó, simultáneamente, las miserias de Chile y el amor de Dios y se vio forzado, por esta razón, a encarar, en su conciencia, las preguntas que provenían de la pobreza de su país. La conciencia moral es, en todo adulto cristiano, una larga pregunta que incluye, a la vez, al mundo y a sí mismo: *¿cómo y a quién amar para hacer de este mundo un lugar más humano y mejor, y, de este modo, ser feliz? Su grandeza estuvo en saber postergarse y en reconocer que la fidelidad a uno mismo es auténtica cuando produce que el yo salga de sí y se ofrezca a los demás.*

Alberto Hurtado comprendió que solo respondiendo al imperativo que surgía de la justicia; es decir, dejándose animar por deseos crecientes de amar a sus hermanos más postergados, su vida tendría pleno sentido. Por esto se lanza, sin descanso, a la construcción de un país más humano y mejor².

No todos podrán reproducir las obras que Alberto Hurtado inspiró o gestó, tal vez muchos serán capaces de estar al lado de los pobres como él lo estuvo. Pero todos, absolutamente todos, debemos responder, de la misma manera, a la pregunta que nos plantea nuestra conciencia: buscar ser felices y plenos, venciendo la miseria ahí donde sabemos que está.



Alguno podría replicar que si bien está de acuerdo con la descripción del Santo, discrepa con la noción de conciencia presentada. ¿Por qué? Porque la conciencia nos indica que hagamos el bien y evitemos el mal, pero, en sentido estricto, no que cambiemos el mundo. Sin embargo, no hay que olvidar que el bien al que Dios nos convoca se realiza en el seguimiento de Jesucristo que da su vida para que los hombres tengan vida³.

¿Y si nuestra conciencia ya no nos exige vencer el mal del mundo? Entonces, es probable que estemos más preocupados

de nuestra bondad que de escuchar el clamor del mundo. Y, con toda probabilidad, nuestra conciencia ha dejado de interpelarnos porque la venció el frío, la enfermedad o, sencillamente, el cansancio de que no la escuchemos. ■

1 Alberto Hurtado —quien padeció la pobreza en su infancia, la ausencia del padre y la carencia de una casa propia— estuvo cerca de los marginados de la sociedad desde los tiempos del colegio (Patronato de San José, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente) y entendió su vocación cristiana como un compromiso a favor de la defensa de la dignidad de los pobres. “Su honda y trascendente misión social” caracteriza su vida porque “sabía bien claro que el cristianismo o es social o no es” (Mifsud, Tony: *El sentido social: el legado ético del P. Hurtado*, Edic. Ignacianas, Santiago, 2005, p. 35).

2 “Tomar en primer lugar la miseria del pueblo. Es la menos merecida, la más tenaz, la que más oprime, la más fatal. Y el pueblo no tiene a nadie para que lo preserve, para que lo saque de su estado. Algunos se compadecen de él, otros lamentan sus males, pero ¿quién se consagra en cuerpo y alma a atacar las causas profundas de sus males?... (Hurtado, Alberto: “A quienes amar. Reflexión personal de noviembre de 1947”, en www.uc02%20textos/texto01.htm

3 “Por la conciencia se conoce de un modo admirable aquella ley cuyo cumplimiento consiste en el amor a Dios y al prójimo” (*Gaudium et spes*, 16).